

Teoría del fantasma

Mauricio Molina

Con la reciente aparición de La trama secreta. Ficciones, 1991-2011, editado por el Fondo de Cultura Económica, el escritor mexicano Mauricio Molina presenta una selección de sus cuentos más emblemáticos. Publicamos aquí el relato con que abre el libro, y en el que aparecen algunas de las obsesiones fundamentales del también autor de la novela Tiempo lunar.

Conocí al autor de este libro en lo que podríamos llamar, sin hipérbole, los años salvajes de mi vida: una época un tanto caótica y confusa. Todo estaba revestido de un aura mitológica tan intensa que muchos estábamos convencidos de estar viviendo una suerte de Edad de Oro. Y era cierto: éramos jóvenes y vivíamos en un estado de exaltación permanente. Los ojos de las mujeres brillaban con la promesa del abandono, las fiestas se sucedían interminables, los medios de nuestros éxtasis eran las drogas, el sexo y el alcohol. Cada viernes era especial y único: los hielos esperaban en los vasos de nuestros tragos y los ceniceros inmaculados estaban listos para que vaciáramos en ellos las cenizas de nuestras frustraciones. El eco de nuestras conjuras políticas, complots literarios e hipótesis trasnochadas se perdía entre las grietas de las paredes y no creo imposible que aún hoy puedan escucharse nuestras voces, si es que esos lugares existen todavía.

Fue en ese tiempo mítico cuando trabé amistad con aquel hombre un poco mayor que yo, ligeramente más alto y más delgado, de voz apagada y ojos burlones que se ocultaban tras el antifaz dorado de sus lentes. Se le conocía sobre todo por cierta propensión a un cinismo desesperado que le hizo ganar muchas simpatías y no pocos enemigos. Había en él una alegría sardónica y desmesurada típica de los criminales perseguidos y de

los hombres sin propósito en la vida. En ciertos momentos manifestaba una disposición hacia una especie de entusiasmo melancólico que muy a menudo lo hacía salir de las fiestas ahogado en alcohol, colgado de los hombros de sus compañeros de juerga. Todos estos rasgos no eran más que una máscara de múltiples rostros que escondía a una persona arisca, insegura, inasible.

Lo recuerdo ahora bebiendo a solas su inevitable y emblemático vaso de whisky, con un libro en las manos o escribiendo con una caligrafía nerviosa e inconfundible en pequeñas libretas que acostumbraba llevar a todas partes. Tengo la fortuna de poseer esos documentos, única prueba cabal de su existencia: cuadernos más propios de contadores o de colegialas, forrados en keratol y papel de fantasía, libretas de papel reciclable o provenientes de diversos museos del mundo que coleccionaba con avidez, en las que escribía con su característica letra apretada y casi indescifrable. En ellas redactó pequeñas ficciones, algunas de ellas notoriamente autobiográficas, otras que narran alucinaciones y describen pesadillas, así como historias que resultan extrañamente familiares, acaso contadas por alguien más y traducidas a su propio lenguaje privado. Es difícil hallar ahora algunos de sus cuentos y ensayos, dispersos en revistas o reunidos en pequeñas ediciones marginales. La crítica y él fueron mutuamente indiferentes.

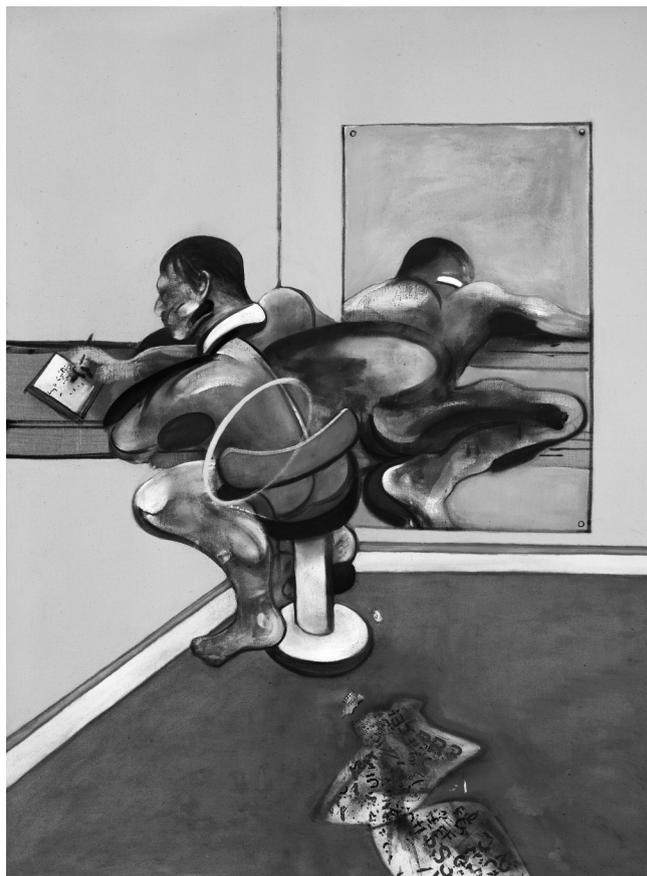
No era fácil ser su amigo. En todo el tiempo que duró nuestra amistad nunca me invitó a su casa, un pequeño departamento ubicado casi en las afueras de la ciudad al que sólo pude acceder la noche de su desaparición definitiva. Mantenía una empecinada discreción acerca de su trabajo, le gustaba burlarse de mis libros y de los escritores que formaban parte de lo que él llamaba desdeñosamente la farándula literaria.

Su personalidad, voluble y un tanto inconsciente de sí misma, le impedía comprometerse en proyectos largos. A veces hablaba durante semanas de una novela que supuestamente estaba escribiendo, pero súbitamente se olvidaba del asunto y pasaba a comentar sus lecturas recientes, o me sorprendía con el hallazgo de alguna rara edición de un autor que yo desconocía, me mostraba un poema apócrifo o aventuraba una conjetura inverosímil. Cuando pienso en él, y sobre todo cuando leo su trabajo, me asalta la sensación de no haberlo conocido nunca.

Descreía de la noción de autor. Le gustaba decir que un verdadero escritor no era más que un médium: alguien que invocaba a los fantasmas para realizar su obra. Cuando me mostraba un cuento o un ensayo le gustaba decir que se lo había encontrado en tal o cual publicación, que pertenecía a otro o que lo había copiado o traducido antes que atreverse a revelar que el texto era suyo.

Un día me dijo que toda persona asistía a un doble nacimiento. El primero ocurría en una fecha determinada por el azar, a una hora exacta, en el transcurso de un ritual sangriento, entre alaridos, médicos embozados y enfermeras indiferentes que ayudan a traer al mundo a un gelatinoso anfibio que ha repetido la evolución entera en una burbuja de aguas primordiales. El segundo nacimiento ocurría mucho tiempo después, en un momento no menos decisivo, de acuerdo a un plan secreto e irrevocable que determinaba el drama de nuestras existencias, la comedia de nuestras pasiones, la tragicomedia del éxito y del fracaso. A partir de ese instante preciso comenzaba el juego del mundo, y el descubrimiento de sus reglas secretas es lo que conformaba el vértigo de la vida.

Su segundo nacimiento, según me dijo, ocurrió cuando trabajaba en una editorial como corrector. Acababa de separarse de una muchacha cuyo rostro ya se le había escurrido entre los dedos de la memoria, y con la que había compartido sus tiempos de estudiante. En un libro había aparecido un error imperdonable, desastroso. No habían servido las revisiones y relecturas: nada había detenido la presencia de aquella errata recalcitrante. Había traspasado, como un fantasma, las miradas escrupulosas de los correctores. Lejos de horrorizarse, como ocurrió con su jefe, quien de inmediato le pidió la renuncia, el hecho le causó un asombro secreto, ya que había sido una especie de corroboración: la vida carecía



Francis Bacon, *Figura escribiendo reflejada en un espejo*, 1976

de finalidad y fundamento. Sus actos, su presencia misma en el mundo, no tenían ningún sentido. No existía una gramática para justificar nuestras acciones. Como tantas otras personas se dio cuenta de que no era más que una especie de errata en el libro de la vida.

Su vida sentimental estuvo marcada por la inconstancia, aunque sé que durante algún tiempo estuvo enamorado de la señora R (una mujer casada, razón por la que no podemos revelar su nombre) con una intensidad lejana que combinaba la más ardiente pasión y la más desmesurada e inexplicable de las distancias. Hablaba de ella de cuando en cuando con una especie de entusiasmo adolescente.

He conversado con ella tratando de entender a nuestro autor. Desgraciadamente no fue de mucha ayuda a la hora de esbozar su retrato. Me sorprendió su belleza categórica. Me dijo cosas de él que me sorprendieron. Habló con ternura de un hombre cariñoso y un poco infantil al que no pude reconocer. Supe entonces que era un hombre común y corriente, y que detrás de sus poses y desplantes se ocultaba una persona cualquiera. Me consuela saber que esta mujer lo amó profundamente, aunque nunca pudo entenderlo. Cuando pienso en ella y la relaciono con los cuentos eróticos de mi amigo, no logro quitarme de la cabeza la sensación incómoda de que a su manera ella es más un ser imaginario que real.

Solía decir que sólo habitábamos nuestro cuerpo, que éste no era sino una ficción perturbadora, algo que

estaba condenado a tener una vida aparte, más allá de nuestras interpretaciones acerca de su comportamiento y voluntad. Quizá gracias por esta razón cultivó un erotismo más libresco que real, meditabundo y melancólico, nunca despojado de una ligera propensión a la pornografía.

El universo le resultaba hostil, fantasmal, extraño. Solía repetir que éramos extranjeros en el mundo y que nada estaba en el lugar adecuado. “Es por esta razón —aventuraba— que yo, tú, el mundo entero, no estamos en el sitio que nos corresponde y nada encuentra ni su aura ni su propia sombra. En un mundo verdaderamente real todo sería exactamente igual pero un poco diverso”. Por eso buscaba desaparecer entre las palabras, única forma posible, según él, de existencia. En los últimos tiempos me llamaba a mitad de la noche para conversar. Nunca quiso admitir que se sentía solo o angustiado, aunque era evidente. Constantemente me decía que ya no podía reconocerse en los espejos.

Un día, cuando estaba por llegar a los sesenta años, me dijo que ya había abandonado la literatura debido a que la sola idea de dibujar una palabra sobre el papel le provocaba una angustia gigantesca e incontrolable. Después me confesó que ya se había deshecho de su biblioteca. Pretendió no darse cuenta de mi desasosiego. Me explicó entonces algo que no entendí en su mo-

mento, pero que a la luz de su desaparición adquiere un sentido definitivo.

Coincidió con Marcel Duchamp con la idea de que así como miramos el universo bidimensional de una pintura, una foto o un filme, nosotros bien podríamos ser observados desde un impensable universo de muchas dimensiones por seres que verían nuestro universo, compuesto de tres dimensiones espaciales y una temporal, como si estuvieran mirando documentos, imágenes o películas.

La última vez que hablamos serían aproximadamente las tres de la mañana. Su voz sonaba muy lejana a través del auricular. Entre la somnolencia y los chasquidos de la interferencia me dijo que los preparativos para su desaparición ya habían concluido, que había encontrado la fórmula. Me dio a entender que había llegado el último momento de su vida. Preocupado por su estabilidad física y mental salí a buscarlo.

La noche era infinita y densa. A esas horas la ciudad estaba en ruinas. Cuando llegué a su departamento encontré la puerta abierta. El lugar estaba completamente vacío, no había muebles ni libreros, salvo una cama y una mesa en la que había un cigarrillo humeante en un plato repleto de colillas, una taza de café tibio y media botella de whisky. La cama estaba revuelta, el teléfono, descolgado, emitía lejanos zumbidos de insecto. Apilados en un rincón estaban sus cuadernos. Llamé en voz alta, lo busqué con la angustia de quien pregunta por un fantasma. No había más que polvo acumulado. Se había ido. De pronto me asaltó la sensación de que el Vacío flotaba a mi alrededor. Me sentí observado. En la penumbra de una de las habitaciones me encontré con un hombre de cabellos revueltos y mirada enloquecida. Traté de sofocar un gemido de angustia. Era un espejo. El lugar comenzó a girar a mi alrededor, me desvanecí y caí al piso. A la mañana siguiente me despertaron los sonidos matutinos. Después las cosas volvieron a su normalidad incoherente pero continua.

Han pasado varios meses desde su desaparición inexplicable. Estoy convencido de que nadie dará nunca con él. Es inútil buscarlo. A veces me pregunto si nos observa desde un más allá mentido para nuestros sentidos y nos considera proyecciones que suponen la existencia de un cuerpo, y creen en la ficción del yo y de la identidad. Miraría la realidad como quien observa una película, lee un libro o baraja viejas fotos. A veces lo intuyo al otro lado del espejo, burlón y amenazante, incorporado al mundo de los reflejos, las sombras, los recuerdos, inmerso para siempre en un ignoto lugar del espacio y del tiempo.

Fue una especie de residuo, alguien que no viene de ninguna parte, que habitó un tiempo nuestro mundo y eligió desaparecer por voluntad propia. Es seguro que jamás volveré a encontrarlo. Quede este libro como una vaga prueba de que alguna vez estuvo entre nosotros. **U**



Francis Bacon, *Retrato de George Dyer en un espejo*, 1968